

personales e imágenes alucinantes, que se abren fácil camino a través del verso libre y rítmico de variados metros, se nos despeja el panorama interior de la autora, su cosmovisión ofrecida desde un plano hondamente humano de altos quilates estéticos. Su inconformidad no es inconformidad estéril. Hay en este poemario, rico en sugerencias, la búsqueda apasionada de quien no se conforma con las respuestas que encuentra a su paso, la búsqueda de quien se exige más hondas y posibles respuestas; así por entre la apretada red de alusiones y símbolos presagiadores de tormentas, no siempre fácil de desentrañar, también brilla, a ratos, una luz esperanzadora y hacia la incierta y lejana línea del horizonte "crecen los largos ojos de los hombres cansados/ los brillantes ojos de un niño" (p. 57) ... "horizonte,/ islote indefenso,/ ante nuestras manos atadas". (p. 58).

En la obra repercuten una gran variedad y riqueza de motivaciones producto del complejo entrecruzamiento y amalgama de intensas vivencias, algunas verdaderamente dramáticas que le tocara experimentar a mente tan joven pero que con tanta lucidez ha sabido interpretarlas y volcarlas líricamente. En lo que otros no hubieran podido, tal vez, sobrepasar el plano meramente personal, la protesta localista o el nacionalismo, tantas veces estéril, Isel Rivero sabe darnos con originalidad, un mensaje más trascendente, de interés para toda la humanidad, y así dentro de una poesía de raíces hondamente individualistas logra hermanarnos con la inconformidad y angustia que signa no solamente a nuestra generación en especial sino también a toda la época.

Poesía ésta que, en medio todavía de balbuceos y de ciertas incoherencias, llega a rozar lo profético, que en medio de las paradojas de una situación existencial peculiar, nos lanza, mediante agotadores ciclos de reencarnación y muerte al cataclismo final de la civilización actual enlazando así el dramático devenir de la humanidad con el inmutable ritmo de rotación de los astros: "Así habló el último viajero/ dando la noble espalda a la isla poblada" (p. 87). "Ahora/ Tundra/ el frío y la muerte./ Mañana/ sólo/ el rasgar de los astros/ sobre la superficie de lo creado". (p. 88).

RITA GEADA DE PRULLETI

Southern Connecticut State College

La "Revista de América" de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre. Edición facsimilar y notas de Boyd G. Carter. (Managua: Imprenta Nacional, 1967).

Poco después de iniciar Rubén Darío una de las etapas más fecundas de su vida literaria —el quinquenio de Buenos Aires, 1893-1898—, decidió publicar, en compañía de Ricardo Jaimes Freyre, una revista que sirviese de palestra a los postulados del modernismo. Esta fue la *Revista de América*, de la que aparecieron sólo tres números. La publicación se interrumpió debido a que el administrador desapareció y con él los pocos fondos de la empresa. Darío evoca así, en el capítulo 42 de su *Autobiografía* esa tarea de fugaz duración: "Fundamos, pues, la *Revista de América*, órgano de nuestra naciente revolución intelectual, y que

tuvo, como era de esperarse, vida precaria, por la escasez de nuestros fondos, la falta de suscripciones y, sobre todo, porque a los pocos números, un administrador italiano, de cuerpo bajito, de redonda cabeza calva y maneras untuosas, se escapó llevándose los pocos dineros que habíamos podido recoger. Y así acabó nuestra entusiasta tentativa”.

Los tres únicos números publicados —agosto a octubre de 1894— fueron, por mucho tiempo, una especie de enigma literario, que parece increíble tratándose de páginas aparecidas a finales del siglo XIX. Boyd G. Carter, cuyo interés por las revistas literarias de Hispanoamérica está presente en su utilísimo libro sobre la materia y en numerosos trabajos anexos que ha publicado en los últimos años, se dedicó con paciencia ejemplar y habilidades detectivescas a dar con el paradero de revista tan peregrina. Él mismo, en la introducción a su libro, nos relata con detalles la empresa a la que dio cima cuando pudo encontrar, en Chile, los tres números de la *Revista de América*, propiedad de don Altamiro de Ávila Martel, quien ha autorizado con generosidad su republicación facsimilar.

La *Revista*, en sus tres números, y tal como hoy la podemos apreciar gracias a B. G. Carter, posee un sólido interés para estudiar el modernismo. Representa, en la línea de preocupaciones de Darío y su co-editor, el proceso que culminará en *Prosas profanas* y *Los raros*. Sobre todo en éste, ya que al poeta le interesaba promover la admiración hacia quienes sustentaban ideales de “modernidad”, los que por esos años todavía eran calificables de *raros* o *malditos*: un esquema de sensibilidad y un registro de preferencias estéticas que el fin de siglo concretó en libros como *À Rebours*, *The Picture of Dorian Gray*, obras de D’Annunzio, parnasianos, ídolos de la decadencia francesa, simbolistas. El *desvío* con respecto a dechados españoles (y Darío habla claramente del “desvío” de lo español y lo razona en el artículo “María Guerrero”, de 1897) resultó evidente y programático. Lo ilustra *Los raros*, donde, con toda intención —y como resultado de una literatura que en el momento era incapaz de proponer direcciones nuevas—, se deja traslucir la indigencia literaria peninsular. Con justicia, no se oye en sus páginas una sola voz española. Ni puede sorprendernos que sólo el nombre de José Martí ilustre la hora poética de Hispanoamérica, aunque su retrato no queda instalado cómodamente en una galería de “raros”, por la diafanidad de su espíritu y los puros quilates de una poesía orientada hacia la sencillez. Que hay un puente entre las intenciones de Darío al publicar la *Revista de América* y *Los raros*, lo prueba el hecho de que este libro, en su edición de 1896, lleva como prólogo la presentación teórica —“Nuestros propósitos”— que abre el primer número de la *Revista*, presentación de la que fue Darío, sin duda, redactor.

Por otra parte, la historia literaria que se preocupa del modernismo no puede preferir el hecho de que las distintas revistas que le sirvieron de instrumentos de ataque y de propagación de la sensibilidad nueva y resistida, y que operaron de modo distinto que el libro vertebrado, estaban destinadas a desbrozar un camino áspero y adverso. Esa “Cosmópolis” que el propio Darío vio como “flor enorme de una raza futura” era terreno no siempre propicio —entonces— para desvelos que no llevasen el sello práctico o el timbre de lo utilitario y rendido. Así nos explicamos páginas que en la *Revista de América* firma el propio Darío, como las consagradas a comentar “La exposición Mendilabarzu”, “nota brillante en este Buenos Aires tan refractario a la vida intelectual”. Ellas valen por el documento que nos falta para conocer detalles de la vida cultural decimonónica sancio-

nada, por ejemplo, en páginas sabidísimas de Rodó. Escribe Darío a propósito del pintor y su vida desgraciada, que concluyó en la locura: "El Panmuflismo toma creces en todas partes del mundo. La ciencia, el comercio, el sport, la política, son los dueños del mundo. El Arte va reduciéndose a un grupo de cultivadores e iniciados cada vez más escaso. A veces, un hermoso sueño nos hace entrever una aurora, es verdad. En nuestras repúblicas latinas, el viento de la Mediocridad sopla sobre el alma criolla. Nuestras sociedades recién formadas no se cuidan del alma; el Arte no puede tener vida donde la Religión va perdiendo terreno, y en donde el Lucro y la Política hinchen cada día más sus enormes vientres".

En la *Revista de América* se puede observar —desde otro punto de vista— la vertebración de los principios que orientaban a Darío en la etapa previa a *Prosas profanas*: seguro y cuidadoso de su oficio, preocupado de propagar por toda América el credo de la renovación —dañando cuanto podía los apegos académicos—, cauteloso con sus deberes de artista. Nada, pues, del caótico y desorganizado bohemio que el biografismo todavía se solaza en presentarnos, interfiriendo el estudio de la obra con olvidables lances de una vida privada que el buen gusto ordena silenciar.

*

Para concluir esta nota sobre la valiosa contribución del Dr. Carter —una de las tantas publicaciones salidas de Managua con motivo del Centenario de Darío—, queremos anotar un pequeño error a propósito de *Los raros*, reiterado en las páginas 20, 40 y 41 de la introducción: el libro, en su primera edición (1896), apareció en Buenos Aires, y en la segunda —ampliada: veintiún 'raros' en vez de diecinueve—, en Barcelona, 1905. Ninguna de ellas en París, como se afirma en las páginas mencionadas.

JUAN LOVELUCK

University of Michigan

EMILIA ROMERO DE VALLE, *Diccionario manual de la literatura peruana* (Lima, Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos, 1967).

El siglo xx presenta un panorama diverso y sugestivo del proceso cultural peruano y la producción intelectual. Señalamos en otra oportunidad el surgimiento de la narración corta—el cuento— y la afirmación de la novela entre los géneros de creación. De otro lado, anotamos la aparición del ensayo como género reflexivo. Pero no quedan allí los nuevos aportes, pues se han multiplicado las antologías de toda índole —que en el siglo anterior fueron escasas— y que abarcan no sólo lo poético sino también lo narrativo y hasta los géneros de reflexión:

A todo ello hay que agregar ahora el surgimiento de los diccionarios. Hay antecedentes notables en el siglo xix como el *Diccionario de peruanismos* de Juan